

**Estelas de un insomnio
impertinente**

Ayelén F. Esker

Copyright © 2019 Ayelén Fernández Esker

Todos los derechos reservados.

Imagen de cubierta © 2019 Verónica Vásquez

Nota de la autora

¿En qué se parecen estas historias? ¿Qué características comparten? Puede que muchas o ninguna según quien las perciba. Pero tenía que darle un nombre a esta breve colección de relatos en donde han de convivir diferentes personajes y sus circunstancias, y lo único que sin dudas tienen en común es que son el producto de un desvelo que suelo experimentar algunas noches, cuando el dictado en mi cabeza se siente tan nítido que no puedo más que renunciar al sueño para redactar una historia.

Gracias por estar aquí, espero que disfruten de estos rastros que han dejado los festines que he compartido, alguna vez, con esos visitantes nocturnos que han quedado —para bien o para mal—, dibujados entre estas páginas.

Juguemos en el bosque

(Inspirado en eventos de la vida real)

Esa tarde me puse el mejor de mis vestidos —uno que había heredado de mi hermana—, calcetas hasta las rodillas y los zapatos con taco que tenía mi madre para ocasiones especiales. Peiné mi cabello y me pinté los labios para lucir algo mayor, aunque mi cuerpo delgado y mis pequeños senos eran prueba evidente de mi corta edad.

Salí de casa procurando que mis padres no me vieran, y tomé la bicicleta para acudir pedaleando a mi primera cita. Mientras andaba —impulsada por una brisa cálida de primavera madura—, iba pensando en el encuentro, en las palabras que usaría, y noté que los nervios crecían dentro de mi pecho, pero a la vez también crecía el deseo de cumplir con mi objetivo. A pesar de mi virgen pubertad ya no me sentía una niña, de modo que estaba lista para asumir las consecuencias de mis actos.

Cuando llegué frente a la puerta del bar pude oír, desde la calle, las risas y fuertes voces de los hombres que estaban conversando puertas adentro. Acomodé la bicicleta junto a la pared y me sacudí el vestido con las manos temblorosas, inspiré profundo y entré. La mayoría de los clientes eran soldados ebrios que me miraron deseosos y hasta me lanzaron algún silbido, y el resto eran mujeres que lucían muy divertidas, sentadas a las mesas con esos hombres o encima de sus regazos. Yo anduve con una sonrisa —tan ingenua como pude actuar— hasta la barra en donde vi a uno de los uniformados bebiendo solo. Me senté en una banqueta junto a él y noté que fruncía el ceño confundido:

—¿Qué haces aquí, niñita? —me preguntó antes de beber de su vaso.

—No soy tan niñita, aunque lo parezco —le dije mientras pasaba una mano por mi cuello, tal como me había enseñado mi hermana mayor.

—Ajá, bueno... ¿Puedo invitarte a un trago entonces?

Asentí con la cabeza mientras levantaba un poco mi vestido para cruzar las piernas, que él miró sin disimulo. Se removió en su banqueta y suspiró antes de beberse lo que quedaba en el vaso.

—¿Tú qué quieres? —preguntó mientras llamaba la atención del cantinero con un ademán.

—No sé, lo que usted beba.

Nos pidió una ginebra para cada uno, típica en Holanda desde que tengo memoria, aunque para ese entonces yo no la había probado aún. El soldado levantó su vaso y yo el mío para chocarlos en el aire, entonces lo llevé hasta mi boca y lo empiné suavemente para mojarme los labios —otra de las tácticas que me había enseñado mi hermana para lucir femenina sin despremiar al *caballero* ni quemarme la garganta.

Hablamos algunos minutos sobre la guerra, solo porque él sacó el tema. Me comentó que se sentía esperanzado con la llegada de los alemanes y que pronto lograrían limpiar del todo a nuestra nación de los *malditos* judíos: «Son

una escoria, pero los buenos somos mayoría», afirmó en un momento, mientras yo solo me fundía en el azul de sus ojos y le sonreía pensando en el deseo que crecía dentro de mí.

Cuando ya me cansé de escucharlo, giré mi cuerpo hacia él y le rocé la pierna con mi rodilla. Él me miró con una sonrisa de lado y me guiñó un ojo:

—No toque lo que no piensa comprar, señorita.

Yo apoyé una mano sobre su hombro y fijé la vista en el águila de alas abiertas que llevaba bordada en la manga de su uniforme verde olivado:

—¿Cuál es su significado?

Él se miró el brazo y luego alzó las cejas:

—El águila imperial es símbolo de valentía, y está posada sobre una cruz esvástica que es el símbolo de la lucha por la victoria del hombre ario. Personas como tú y como yo, la raza superior —me explicó con la voz firme.

Asentí con la cabeza mientras me mordía los labios:

—¿Entonces está bien si tú y yo damos un paseo por el bosque y... no sé, nos conocemos un poco mejor? —Lo miré aguzando los ojos.

El soldado se bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso y luego lo apoyó con fuerza sobre el mostrador:

—Vamos —me dijo, y salimos juntos del bar con las mismas ansias.

El bosque quedaba a más de un kilómetro de distancia, y como fuimos andando, él se ofreció a llevar mi bicicleta. Mientras avanzábamos —a paso lento porque el soldado estaba algo mareado—, yo iba mirando con cierta tristeza los estragos que había provocado en nuestra ciudad la reciente invasión de los nazis, y él me contaba un chiste del que reí solo por cortesía, pues no entendí una palabra de lo que decía.

Ya cuando nos habíamos adentrado en la espesura de ese bosque frondoso, él arrojó a un lado la bicicleta y se acercó a mí con cierta urgencia. No pude más que entregarme a su manoseo violento, evadiendo tanto como me fue posible su boca, que apestaba a alcohol y a

tabaco. Quise apartarlo y le pedí que se detenga, pero no me escuchó...o tal vez sí, pero no se detendría. Metió su *garra* debajo de mi vestido mientras olfateaba mi cuello y, como no tuve opción, extendí con prisa mi brazo a lo largo de mi pierna para meter la mano dentro de la calceta. Lo apuñalé dos veces y él se detuvo, llevó las manos a su vientre y me miró extrañado. Yo me alejé unos pasos hacia atrás y entonces le llegó una bala desde los arbustos, que atravesó su cráneo y lo dejó sin vida. El cuerpo del soldado se derrumbó hacia atrás y, por un instante, sentí el impulso de ayudarlo a levantarse. Mi hermana se acercó a mí cargando el fusil y me estrechó la mano. «Es un mal necesario, era lo que debíamos hacer», me dijo. Así fue como me uní a la *Resistencia holandesa*...

La vez que conocí a Leo y a Sara

Aquella noche hubo un nuevo funeral en casa. Me levanté al baño y me crucé con dos señoras que lloraban abrazadas buscando algo, tal vez la salida de esa angustia que sentían y yo no podía entender, no todavía. Me asomé hacia el pasillo que conducía a la sala, por donde desfilaban hacia un lado y otro los dolientes, y de pronto tuve curiosidad por saber quién había muerto. Pero antes de siquiera intentar averiguarlo, necesitaba ir al baño o mojaría mis pantalones.

Corrí descalzo sujetando mi entrepierna con las manos y me estrellé contra la puerta del sanitario por la velocidad que llevaba. «¡Ouch!», dolió, pero no tenía tiempo para quejarme porque el piso frío debajo de mis pies me provocaba aún más deseos de orinar. Bajé apenas el pantalón de mi pijama de Spiderman e incliné la cabeza hacia atrás mientras disfrutaba

de esa sensación tan placentera de alivio. Luego, cuando regresé a la realidad, vi que había salpicado la tapa del inodoro y el orín chorreaba hasta el suelo. Busqué el trapo detrás del lavatorio y sequé tan bien como pude aquel enchastre, no quería que mamá me regañe.

Me sequé las manos en la ropa y salí del baño pensando en el cadáver que habría dentro del cajón de la sala. Me resultaba raro que metieran allí los cuerpos de los difuntos. En realidad, no entendía bien aquel ritual tan antiguo, pues me habían dicho que el alma de las personas que mueren migraba al cielo, ¿por qué insistían entonces en llorar sobre un cuerpo sin alma?

En fin, mi curiosidad era bastante intensa, jamás había visto a un muerto aunque llevábamos algunos meses viviendo en la funeraria que montó mi abuela muchos años atrás. Ella sí que parecía un muerto caminante, la pobre no tenía idea de dónde estaba y se pasaba los días deambulando por la casa con la vista perdida, o sentada frente al televisor ya que estuviera encendido o no.

Anduve sigiloso hasta la puerta que separaba nuestros cuartos de la sala velatoria, no quería que mi madre me descubra y arruine mi aventura. Las mujeres que había visto momentos antes ya no estaban, pero de allí salían y entraban diferentes personas en condiciones similares, cubriéndose la boca con pañuelos para opacar el llanto, negando con la cabeza y suspirando como si todo aquello fuera una tragedia... «¿Será tan horrible la muerte?», me pregunté entonces. Caminé algunos pasos más en dirección al salón donde estaba el cajón. Iba con las manos entrelazadas detrás de la espalda e intentaba pasar desapercibido. Diría que lo logré en gran medida mientras avanzaba lentamente, casi pegado a la pared y en silencio. Parecía como si todas esas personas estuvieran muy concentradas en el dolor que sentían, porque por varios minutos tuve la sensación de que me había hecho invisible. Aproveché entonces para moverme más rápido hacia el ataúd, pero a escasos pasos de llegar a ver al muerto, un hombre me tomó del brazo: «¿Qué

haces aquí, niño?», me preguntó con el ceño fruncido. Observé a mi alrededor un poco asustado y noté que todos me estaban viendo con la misma expresión de asombro. Volví a mirar al hombre que me tenía sujeto y halé de mi brazo para salir de ahí corriendo. Resbalé en el camino, caí al suelo de bruces e incluso me deslicé por un tramo sobre mi abdomen mientras sentía que se me salía el corazón. Algunas personas se acercaron para ayudarme —creo— pero me tragué el dolor del golpe y gateé tan rápido como pude para alejarme de todos. En cuanto me fue posible, hice el esfuerzo para levantarme del suelo y seguí andando con prisa hasta mi cuarto, con una mano en el mentón y otra en la barriga.

Me metí en la cama temblando y me cubrí hasta la cabeza. Fue difícil volver a dormir, pero luego de varios minutos allí escondido, me venció el sueño.

—Buenos días su señoría, mantan-tiru-riru-raaa —nos cantaba mi madre mientras corría las cortinas para dejar entrar los rayos de sol.

Era sábado y ella generalmente nos dejaba dormir hasta más tarde, pero esta vez tenía invitados a almorzar y quería que le ayudemos a ordenar un poco la casa. Mi hermano era cinco años mayor que yo, había entrado en la etapa de la insolente pubertad y solía quejarse abiertamente de todo lo que lo rodeaba. Esta no fue la excepción y le reprochó a mi madre que nos despertara temprano para «atender» a sus amigos.

—No tenemos nada que ver con esa gente, ni siquiera los conocemos —le dijo y se cubrió la cabeza con la frazada.

Yo en cambio me levanté como un resorte, todavía llevaba fresca en la mente la imagen del funeral que había presenciado someramente la noche anterior. En realidad, fue el primero al que había asistido en toda mi vida, aunque sin invitación, solo porque desperté mientras se desarrollaba entre las paredes de ese lugar que ahora era nuestro hogar... y el de la abuela zombi, claro.

Me quité el pijama con urgencia, tironeando de la tela que se enredaba en mis extremidades por la prisa con que intentaba desnudarme. Luego elegí un pantalón de jean y una remera con la estampa de Scoobie Doo, me entusiasmaba la idea de explorar la casa en busca de fantasmas, de almas perdidas, de muertos caminantes —que no fueran como la abuela, por favor—. Se había despertado en mi cabeza el deseo de una aventura que podría encontrar fácilmente en el sótano de esa vivienda, donde albergaban ataúdes de todos los tamaños y... tal vez, algunos cadáveres. Nunca antes había bajado, mis expectativas eran bien altas.

Salí del cuarto y caminé a través del pasillo hasta llegar a la puerta de la sala en donde, por la noche, habían velado a un muerto. El cajón no estaba, ni los dolientes, pero aún pude sentir ese aroma a flores marchitas y carne descompuesta. Oí que mamá me llamaba desde la cocina, así que seguí de largo hasta el otro extremo de esa casa inmensa y antigua. La encontré amasando

con ambas manos sobre la encimera regada de harina, tenía el cabello recogido y llevaba un delantal sujeto a la cintura. Mi madre era la mujer más bella y trabajadora que conocía, estaba fascinado con ella.

—Tu padre ha salido a comprar el pan que se me olvidó, ¿podrías sacar la basura, cariño? Luego necesito que me ayudes a poner los manteles y la vajilla en la mesa del comedor — me dijo con esa dulzura arrolladora con que siempre me hablaba.

Saqué la bolsa de residuos del bote junto al fregadero y la cargué con cierto esfuerzo hasta la calle, para situarla debajo del árbol donde noté que había un nido. Me quedé observando por un momento, con la cabeza inclinada hacia atrás, a esos pequeños pichones que chillaban desesperados. La madre no apareció sino hasta que yo casi había llegado trepando al nido para llevarme a sus hijos. Entonces ella comenzó a chillar para espantarme y revoloteaba sobre mi cabeza. Había logrado asustarme, tuve miedo de que me picara en el rostro, así que intenté

cubrirme con los brazos hasta que perdí el equilibrio y caí del árbol. Afortunadamente no era muy alto, pero de todas formas me gané unos cuantos raspones y un buen golpe en la cadera. Entré a la casa llorando y fui hasta la cocina donde mamá me lavó las heridas. Luego las untó con una pasta de olor repugnante y las cubrió con unas vendas adhesivas.

—Bueno ve, quédate reposando un rato en tu cuarto hasta que se te pase un poco el dolor —me dijo con una sonrisa de lado—. Ya veré cómo me arreglo. —Daba por hecho que no contaría tampoco con la ayuda de mi hermano.

Mientras caminaba hacia mi habitación, pensé que no me sentía tan mal como para recostarme, y otra vez me entró la curiosidad de explorar el sótano. Miré sobre mi hombro hacia atrás para cerciorarme de que nadie anduviera cerca, y entonces me adentré por la sala hasta la pequeña tarima que sostenía los ataúdes durante los funerales, allí mismo donde había visto que velaban al muerto la noche anterior.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero la curiosidad era más grande. Corrí la cortina y encontré la puerta que llevaba al bendito sótano. Dudé por un instante con la mano en el picaporte, pero pronto estuve mirando los escalones que bajaban hasta las entrañas de esa oscuridad absoluta. Tanteé con la mano sobre el borde de la pared buscando un interruptor para encender la luz, pero no lo encontré, así que corrí hasta mi cuarto, me tumbé en el suelo y me arrastré con prisa debajo de la cama. Allí había escondido mi linterna cuando regresé del campamento y mi hermano amenazaba con robármela.

Al salir de ahí abajo me encontré con un almohadazo, regalo de ese mequetrefe que además me recitó una serie de insultos por haber vuelto a perturbar su sueño.

Me apresuré de vuelta hasta la entrada del sótano y alumbré hacia abajo. Tragué saliva y fui descendiendo de a poco los escalones hacia ese lugar prohibido. Ya desde poco antes de llegar al suelo pude ver los ataúdes, uno detrás de otro,

dispuestos sobre taburetes. Alumbré con la linterna cada rincón y no me pareció ni la mitad de interesante de lo que había imaginado. Anduve unos pasos hacia el centro de esa habitación, observando, y entonces oí que se cerraba de un golpe la puerta. Me sobresalté y giré con la linterna en la dirección de dónde provino el estruendo, entonces vi un interruptor justo debajo de la repisa que estaba al final de la escalera. Caminé hasta allí temblando y levanté la perilla tan rápido como me lo permitieron mis dedos erráticos. Unos tubos fluorescentes se encendieron en varios parpadeos sobre los cajones y así pude advertir que uno de ellos estaba relleno de encajes que sobresalían por los bordes, señal de que estaba ocupado. «¿Será ese el muerto de anoche?», me pregunté con un pavor de esos que provoca dolor de estómago. En realidad, ya no quería saber, no quería verlo de cerca. Tuve la sensación de que ese... cadáver — si es que realmente era un cadáver—, se saldría de su lecho para comerse mi cerebro, como lo había visto en las películas de zombis que mi

hermano insistía en enseñarme y yo aceptaba por no lucir como un cobarde. Era muy distinto ver uno así, en vivo, aunque no lo había visto en verdad, pero de solo imaginarlo... Sin dudas sería diferente a la abuela, que todavía respiraba y a veces sonreía.

Subí las escaleras con una prisa que me hizo tropezar varias veces para seguir sumando moretones a los que ya tenía a lo largo de mis piernas. De pronto la muerte me resultaba más aterradora que interesante. Quise abrir la puerta, pero estaba atascada. Comencé a golpear con las dos manos mientras miraba de a ratos sobre mi hombro hacia abajo, no fuera a ser que el zombi llegara hasta mí sin que me diera cuenta.

—¡Auxiliooooo! —grité repetidas veces—.
¡Ayudaaaa!

Nadie llegaba a socorrerme y ya me faltaba el aire. La desesperación se había adueñado de mí y el espanto que sentía iba llegando a un nivel inédito, nunca antes había estado en una situación tan aterradora.

Seguí golpeando y gritando hasta que mis músculos estuvieron agotados y no me salía la voz, entonces me senté contra la puerta de espaldas, encogí ambas piernas hacia el pecho y me abracé a ellas para hundir la cabeza entre mis rodillas. Me maldije por no haber aprendido a rezar aún en las clases de catecismo de la escuela, aquel hubiera sido un momento oportuno para hablar con Dios en su idioma y pedirle que me protegiera de ese muerto que llegaría en cualquier momento a comerse mi cerebro.

Comencé entonces a tararear una de esas canciones pegadizas que estaban sonando en la radio y solía oír cuando mamá la encendía por las mañanas.

—¿De qué tienes miedo? —Oí una pequeña voz que me hablaba.

Levanté apenas la cabeza, buscando con mis ojos la procedencia de esas palabras que me sonaron muy cercanas. No pude ver nada y volví a hundir la vista entre mis rodillas, pero entonces insistió:

—¿No quieres hablarme?

Levanté toda la cabeza y entonces lo vi sentado junto a mí. Era un niño como de mi edad, pero lucía desteñido, casi transparente. Sin embargo no me asustó, aunque estuve seguro, de forma instantánea, que era un fantasma.

—¿Tú estabas en ese cajón?

Él miró hacia abajo y negó con la cabeza:

—¿No sabes que esos cuerpos ya no tienen alma? —me preguntó.

—Sí, lo sé, me lo han dicho —Moví los labios juntos de un lado a otro—. Entonces ese muerto no vendrá a comer mi cerebro, ¿verdad? —Me giré para verlo.

Volvió a negar con la cabeza.

—No le temas a los muertos, los muertos no caminan ni hablan... ni comen. —Se sonrió y también le sonreí.

—¿Y tú qué eres?

Encogió los hombros como si no supiera bien qué contestar.

—Soy un fantasma, pero no sé si todos quedan así cuando mueren o si otros van al cielo. Dicen que las almas van al cielo, ¿no?

—Sí, pero entonces... —Agucé los ojos—. ¿Eres un alma o un fantasma?

—Creo que las almas van al cielo y los fantasmas nos quedamos —me dijo como si lo estuviera analizando en ese preciso momento.

—Y tú... ¿te sientes bien así? —le pregunté con cierta pena.

—Pues sí, puedo volar, puedo ir a cualquier lugar y no le temo a nada, ¿sabes?

—¿Cómo te llamas?

Arrugó la nariz y revoleó los ojos:

—No lo recuerdo. —Agachó la mirada y luego giró la cabeza hacia mí con cierto entusiasmo—. ¿Podrías ayudarme a elegir un nombre?

—¡Claro! —le dije y me puse a pensar, mientras también lo veía a él con una actitud meditativa—. ¿Qué te parece Leonardo? Como el líder de «Las tortugas ninja» —le propuse instantes después.

—Hm, okey —dijo y me ofreció la mano—.
Soy Leo, mucho gusto.

Me sonreí y estreché su mano:

—Me llamo Fran, Francisco.

En ese momento alguien golpeó la puerta desde el otro lado y mi amigo fantasma se esfumó.

—¡Aquí estoy, no puedo abrir! —grité mientras me ponía de pie con prisa.

Así fue que la conocí a Sara, una niña rubia con ojos grandes y sonrisa de concurso que me sacó de aquel encierro, producto de una macabra broma de la que mi hermano se hizo cargo horas más tarde. Ella era hija de la pareja que mi madre había invitado a almorzar, estaba buscando el baño y llegó allí sin querer, por pura casualidad —según me dijo, aunque creo que fue por curiosidad, la misma por la que yo había terminado en ese sótano.

Desde entonces Leo me acompañó cada vez que sentí miedo mientras crecía en esa casa donde velaban muertos varias veces a la semana, y con el tiempo no solo le perdí el miedo a la

muerte y a los cadáveres, sino que además dejé de ver a mi amigo, porque ya no lo necesitaba.

Hoy, sin embargo, volvió a visitarme. Sigue luciendo como un niño de ocho años, pero es mucho más maduro:

—Tranquilo —me dijo—. El dolor pasará y solo te quedará el amor, inundando todo tu ser.

Asentí con la cabeza mientras arrojaba al mar las cenizas de sus restos, los restos de la rubia con ojos profundos a quien conocí el mismo día que a Leo, esa que se convertiría años después en mi compañera de viaje. Sara llegó hasta aquí y ahora debo seguir solo entre los vivos, aunque tal vez me acompañe Leo por algún tiempo, hasta que se haya disuelto el dolor y solo quede el amor inundándome el alma...

Ese último momento

(Relato publicado en el libro *Pasto, un territorio sensible al agua*.
Empopasto, Colombia, septiembre 2018)

Me siento tan liviano... No sé si voy flotando en el espacio, sobre la superficie de una laguna, o montado encima de una nube gigante de algodón de azúcar. Sonrío mientras mis neuronas disparan ráfagas de alguna sustancia que me provoca una sensación de paz inédita, y entonces ya no me muevo, ni respiro, ni pienso...

De repente percibo el impacto de pequeños proyectiles que se estrellan sobre mi rostro. Arrugo la frente y siento la piel tensa. Pronto descubro que son gotas de lluvia las que van cayendo encima de mi cuerpo chamuscado, y una emoción ahogada se abre paso desde mi pecho hasta la garganta. Extiendo los brazos sobre la tierra seca y ya no me quedan dudas de que he vuelto a la realidad. Cómo me hubiera gustado seguir nadando en el agua o flotando en el espacio, comer algodón de azúcar y dormirme

por la eternidad... Pero no. Estoy aquí de espaldas en medio de la nada, moribundo, solo y... ahora también despierto. Las gotas de lluvia estallan sobre mis labios abiertos, sobre mis ojos cerrados, sobre mi pecho desnudo e incendiado. He perdido la noción de quién soy y tampoco sé de dónde vengo, solo entiendo que estoy vivo y puedo morir en cualquier momento, aunque tal vez no sea hoy porque esta llovizna indiscreta llegó a impedirlo.

Intento con esfuerzo levantar el torso del suelo, y entonces veo a mi alrededor esa sequía absoluta que me provoca una angustia profunda e irremediable. Elevo la mirada hacia el cielo como esperando una respuesta que no llega, y comienzo a llorar mientras aun caen algunas gotas aisladas, que se evaporan en cuanto tocan mi piel o el suelo desértico sobre el cual esperaba con ansias morir.

Giro la cabeza en varias direcciones con el solo propósito de cerciorarme de que... sí, soy el único ser vivo en este sitio que ni siquiera sé dónde queda. Los rastros en ruinas del pasado

me recuerdan a esa época en que no quisimos creer que la falta de agua sería un problema, ¿cómo podría acabarse si el planeta estaba repleto de ella? Si tuviera fuerzas para andar, intentaría llegar a algún sitio en donde quizás se hayan percatado de esa inminente posibilidad, pero... ¿Es eso un ave? ¿Hay un ave volando encima de mi cabeza? Entonces ha de haber agua en algún lugar cerca de aquí... sí. La esperanza se apodera de mí una vez más, aunque la llovizna que me despertó del último sueño haya cesado por completo. Me levanto así del suelo con las fuerzas que me quedan, y aguzo la mirada para ver a la distancia. Una alegría espontánea nace en mi pecho al vislumbrar un charco de agua a unos pocos metros, justo debajo del pájaro que ahora vuela en círculos. Comienzo a caminar arrastrando los pies sobre la tierra, mientras las delgadas nubes que soltaron esas gotas mezquinas se van abriendo y el sol vuelve a cubrir mi espalda desnuda.

No podría decirlo a ciencia cierta, pero tengo la impresión de que luzco como esos zombis de

las películas de terror que solía ver con cierto morbo, esos que andan destartados y movidos por una energía sin emoción. Yo en cambio avanzo tan solo por esa emoción, por el impulso innato de salvarme. Mi paso es bastante lento y la desesperación ha llegado a montarse sobre mis hombros, entonces me pesa aún más cada paso hacia ese charco de agua dulce que veo más y más cerca.

Al fin he llegado y la alegría ahora estalla entre mis cuerdas vocales, para dispararse hacia el exterior en una carcajada cuyo eco me estremece. Me dejo caer sobre las rodillas y junto mis manos a modo de cuenco para recoger agua del charco, entonces la traigo con prisa hasta mi rostro y... siento la tierra seca ingresando a mi boca y por mis fosas nasales. Las arcadas surgen de forma espontánea para expulsar esa mezcla de grava y polvo que ha llegado hasta mi garganta.

Ya exhausto, inclino la cabeza hacia atrás y veo el cielo despejado, tampoco hay rastros del pájaro. Así es que escondo el rostro entre mis

piernas dormidas y vuelvo a llorar, pero sin lágrimas, se me han extinguido. Sé que voy a morir y... cuando ya no hay escapatoria, me pregunto por qué no fuimos capaces de entender que el futuro estaba en nuestras manos.

Ahora solo deseo volver a dormir y que la muerte llegue pronto. Será una bendición porque ya no me queda nada, excepto la frustración de haber acabado así: solo y marchito... un desquiciado bebiendo tierra.

Moscas en la sopa

Un nuevo grupo de moscas muertas me esperaba en el marco de la ventana, la única ventana de esa cocina que había quedado desierta, a no ser, claro, por esos cadáveres con alas cuyo número se incrementaba cada mañana. En algún momento tendría que tomarme el tiempo para limpiar, para recoger los restos de esos pobres bichos y quitar el polvo que se había ido acumulando desde que te fuiste, pero todavía no encontraba las ganas que a veces ni siquiera aparecían para meterme bajo la ducha.

El día amaneció alrededor de las siete, pero mi mente ya vagaba por la casa desde mucho antes, tal vez buscando algún rastro de tu presencia ausente. Me he acostumbrado a convivir con tu abandono, aunque a veces me asaltan unas terribles ganas de expulsarlo, sobre todo cuando pierde los estribos e intenta estrangularme. Sin embargo, no he sido capaz,

ha estado tan amarrado a mí que ya no me sorprende verlo sentado entre mis alumnos mientras dicto una clase, o andar a mis espaldas cuando salgo a caminar por ese al que has llamado el barrio de las flores blancas, la zona en donde los almendros florecen a ambos lados de la calle.

Allí frente a la ventana que ha quedado clausurada junto al anaquel de los condimentos, retrocedí en el tiempo y me arrepentí de haber sido tan orgulloso la única vez que llegaste a tocar mi puerta, con la excusa o la razón real de recoger lo que te había quedado fuera de la maleta cuando te marchaste. Hubiera querido detenerte, pedirte disculpas, abrazarte, besarte y amarte, pero una soberbia necia me paralizó, «si se fue por propia voluntad, volverá del mismo modo», pensé.

Sin siquiera meditarlo y movido por el instinto que me marcaba la desidia, abandoné la cocina que solo visitaba cuando estaba sediento. Desde que te fuiste no he vuelto a cocinar, y para comer lo que me trae el *delivery* prefiero el sofá

frente al televisor, esa caja mágica que me ayuda a olvidar por momentos mi propia miseria.

Me vestí tan decente como me lo permitió mi desánimo y salí a la calle por un café. A pesar del insomnio con el que había estado lidiando las últimas semanas, no estaba dispuesto a renunciar a la cafeína.

A una cuadra de distancia me crucé con Lara, tu amiga extranjera, esa que nos ayudó en la mudanza cuando vinimos a vivir a este barrio cargados de ilusiones y promesas, proyectando un futuro que murió poco después de nacer. Ella levantó la mano para saludarme antes de cruzar la calle, era lógico que no corriera hasta mí para darme un abrazo como en los viejos tiempos, la amistad entre ustedes es más valiosa que cualquier regla de cordialidad. Lo más paradójico de todo es que nunca la toleré demasiado, creía que era una de esas mujeres volátiles que andan por la vida sin responsabilidad ni códigos, pero con las últimas actitudes tan amables y dedicadas que tuvo contigo, me ha hecho sentir vergüenza de mis propios prejuicios.

Lara desapareció de mi vista en pocos segundos y yo seguí caminando, abstraído sobre una nube de recuerdos tan dulces que lograron embriagarme de melancolía, esa melancolía con la que me he peleado tantas veces, ¿cuándo fue que me volví tan sensible?

Casi llegando a La Esquinita, me golpearon el aroma más sabroso y la imagen más aterradora. Te vi caminando hacia el mismo sitio al que me dirigía, tomada del brazo de quien sería tu nuevo amor y, entonces, el olor a café recién hecho se convirtió en un tóxico que me quemaba desde las fosas nasales hasta los pulmones.

Maldije mi suerte y me arrepentí en ese momento de haber salido de la casa. Ver a tu amiga me había provocado nostalgia y cierta molestia, pero verte a ti... uff, no encuentro las palabras para describir lo que sentí.

No supe entonces si saludarte o seguir de largo con la mirada en el suelo, pero al final me ahorré la decisión porque tú fuiste la que me ignoró por completo, tal vez ni siquiera me viste,

ibas sonriendo con una flor amarilla en el cabello mientras ese individuo con dentadura perfecta te endulzaba el oído. En ese instante descubrí cuánto te amaba, porque en lugar de sentir celos tuve envidia del fulano, yo sabía bien el valor de la dama que llevaba del brazo, lo sabía porque pocos meses atrás había sido mía... ¡No es verdad! Si realmente se pudiera poseer a las personas, tú seguirías siendo mía, no te hubiera regalado, ni canjeado ni perdido, pero cada ser humano tiene la libertad de elegir... y tú elegiste dejarme... ¿O acaso hice que te fueras?

Me quedé por algunos segundos frente a la puerta del café, dudando de mi propio deseo de volver a verte aunque fuera sentada a la mesa de otro hombre, pero pronto entendí la insensatez de esa opción y continúe mi camino hacia la siguiente cafetería. ¿Por qué lucías más bella que cuando estabas conmigo? ¿Acaso te hizo bien el cambio?

Dos cuadras más tarde me encontré con don Aurelio, andaba con su caniche cuyo nombre jamás recuerdo, aunque el anciano habla de él

como si fuera ese hijo que nunca tuvo. Me detuve cortándole el paso con las manos en los bolsillos y el hombre levantó la mirada con intenciones de quejarse, pero entonces me reconoció detrás de sus anteojos de vidrio grueso y se arrebató hacia mí con los brazos abiertos. El perro chilló por el tirón de la cuerda con la que Aurelio rodeó mi cuerpo mientras me saludaba a su estilo tan cálido. Luego me miró frunciendo el ceño y me cuestionó que haya perdido peso: «con lo delgado que eres, si sigues adelgazando desaparecerás, muchacho». Le sonreí. Él sabe que no soy hombre de muchas palabras, pero aún así insistió en desplegar una conversación: «Hoy es día de cosecha, voy a necesitar ayuda en la huerta», me dijo, «podrías echarme una mano y te llevas algunas verduras para un sabroso puchero». Le habría explicado que desde que te fuiste casi ni entro en la cocina, pero la expresión ilusionada de su rostro me robó la voluntad. Le prometí entonces que iría más tarde a ayudarlo con sus quehaceres de jardinería, después de

todo, no tenía plan más interesante para gastar un domingo tan insípido.

Seguí caminando en una actitud medio inerte, mientras mi mente intentaba convencerme de regresar a la casa para pasar otra temporada debajo de la almohada. Supongo que es el instinto de supervivencia el que nos obliga a ir a veces en contra del pequeño miedoso que gobierna nuestra consciencia.

Varias cuadras después llegué a un café al que solo había entrado un par de veces por cambiar un poco el ambiente de La Esquinita, donde siempre encuentro algún conocido con ganas de conversar. Aunque no eran aún las ocho de la mañana, el lugar estaba repleto, pero no reconocí a ningún vecino entre los clientes y decidí quedarme. Me acomodé en la única mesa desocupada, la más pequeña junto a la ventana. Supuse que apenas la habían dejado porque había restos de desayuno, una taza vacía y otra con apenas un centímetro de café y una marca de labial colorado en el borde, algunas gotas oscuras desparramadas sobre el mantel y migas

de alguna masa comestible en el único plato situado justo en el centro de la mesa.

Mi mente divagante comenzó a formularse una historia para esa pareja que había estado allí sentada, aunque quizás no haya sido una pareja de amantes sino una madre y su hijo, dos amigas, hermanos, socios de trabajo, las opciones son infinitas, pero por alguna razón se me vino a la cabeza una pareja del tipo conyugal que sigue unida por inercia. ¿Es lo que nos pasó el último tiempo? De pronto me dieron ganas de reír. Una sutil carcajada se me escapó de la boca mientras recreaba en mi memoria una de las tantas escenas en las que, con un convencimiento atroz, me has advertido que suelo proyectar en el mundo externo mi propia realidad interna, mis temores, mis dudas, mis preocupaciones y frustraciones. Para ti siempre fue difícil reprimir tu costado profesional, y debo admitir que eres una excelente psicóloga, tanto que a veces descifrabas mis enredos sin que yo te ayudara demasiado desde esta personalidad que tú definiste como «desconfiada y hermética»,

aunque prefiero el término de «reservada», debes reconocer que suena mejor, menos patológico. ¿Es que acaso existe gente completamente normal? Nunca estuvimos de acuerdo en eso, sigo convencido de que la mayoría de las personas somos normales —en el sentido más llano del término—, pero los psicólogos y psiquiatras insisten en ponerle a toda característica y comportamiento humano un nombre y apellido de enfermedad. Entonces claro, hasta las conductas más naturales —y por naturales me refiero a esas que encuentras en otras especies animales—, resultan enfermizas si no han sido aceptadas en los libros de salud y reconocidas por una sociedad que, en su naturaleza, se encargó de ser la más artificial.

De pronto noté que la mesera me estaba observando con una sonrisa tenebrosa y la libreta en la mano. Pensé que tal vez había estado allí por algún tiempo, observando mi comportamiento alienado —según lo juzgarías tú— mientras imaginaba esta charla contigo.

—Buenos días —me saludó—, hace mucho que no lo veo por aquí, ¿ha estado viajando otra vez?

Me sorprendió su pregunta y creí que me estaría confundiendo con otro cliente.

—Disculpe, no entiendo a qué se refiere —le dije.

—Eso de las conferencias... Ha de ser muy emocionante. —Me miró alzando las cejas.

No estaba seguro de que supiera a qué me dedico. Intenté recordar si es que le había inventado alguna historia en otra ocasión, a veces lo hacía con los desconocidos, solo para entretenerme. Tenía que averiguarlo:

—¿Sabes a qué me dedico? —le pregunté.

—Eres filósofo, ¿cierto? —me dijo entrecerrando un ojo y apuntándome con el lápiz.

Sonreí con cierto pudor, me costaba creer que siquiera recordara algo de mí. Yo en cambio tenía la sensación de que no le había visto la cara en mi vida.

—Profesor de filosofía y letras —la corregí—, aunque hubiera preferido ser uno de esos filósofos cuya genialidad quedó marcada en nuestra historia, en lugar del tipo que habla de ellos frente a una clase de púberes.

—Creo que usted quedará marcado en la cabeza de sus alumnos... al menos. A mí me encantaría escuchar alguna de sus clases, me gusta analizar la vida y... —Se sonrojó y agachó la mirada por un instante, luego volvió a mirarme—: ¿Sabe qué va a tomar?

—Un café con leche.

La muchacha me sonrió con un dejo de tristeza —o al menos es lo que percibí—, y se fue hacia la zona de la cocina. Regresó luego de un par de minutos con el café que, tal vez por casualidad, traía un corazón de espuma dibujado en la superficie. Volví a sonreír de forma espontánea y... no entendía qué era lo que me estaba pasando. Había despertado con ganas de enterrar la cabeza en algún agujero y ahora no me aguantaba el buen humor. Sí, estaba de

buen humor y en parte era gracias a esa muchacha de la que ni siquiera sabía el nombre.

—Brisa —me contestó cuando le pregunté.

Pensé que estaba bromeando y me reí, pero ella me miró muy seria y supe que me había equivocado.

—Es un hermoso nombre —le dije avergonzado.

—¿Qué otra cosa dirías? Pero es original, eso sí. —Me sonrió casi de compromiso, esta vez no tuve dudas de que algo le preocupaba, aunque intentaba disimularlo.

Me dejó solo con mi café y una sensación extraña de compasión, también algo de curiosidad.

Y no, no me he olvidado de ti, tampoco te comento lo que me ha provocado Brisa por despecho, no sabía cómo manejar el papel de farsante, de hecho, ni siquiera fui capaz de mantenerlo con esta muchacha. Pero debo decirte que por primera vez en mucho tiempo había dejado de extrañarte por... casi una hora. Un pequeño avance, ¿cierto?

Terminé mi café en tres sorbos, estaba muy dulce pero no me molestó, quizás me incomodaba más no saber qué era lo que le ocurría a la mesera que, incluso a través de su amabilidad, dejaba entrever su malestar.

—¿Estás bien? —me atreví a preguntarle cuando llegó con la factura—. No tienes buena cara.

Brisa esbozó una sonrisa gris y me miró con los ojos vidriosos.

—Sí, bien... Estoy atravesando algunos cambios en mi vida y... bueno, entre esos cambios, hoy es mi último día de trabajo aquí. —Hizo una pausa para no llorar, pasó una mano por sus ojos y suspiró—: Voy a extrañar el café, a los clientes... a ti también, a pesar de que no te he visto seguido por aquí, pareces buena gente.

No soy buena gente, de hecho, ni siquiera recordaba su rostro y lo mismo me pasa con muchas personas a las que he conocido, suelo vivir muy pendiente de mis propios asuntos, ¿será que también fui así de egoísta contigo?

Además de eso tengo una asumida incapacidad para consolar a las personas de forma espontánea, necesitaba pensarlo bien, revisar mi registro de frases reconfortantes, pero eso me hubiera tomado varios minutos, así que fui sincero:

—Los cambios son buenos porque siempre traen cosas nuevas.

Ella se quedó mirándome con las cejas fruncidas, como analizando lo que acababa de decirle.

—Sí, tienes razón... Además, todo se acaba en algún momento, todo tiene su ciclo.

Asentí con la cabeza y extendí la mano para tomar la boleta. No se me ocurría nada más para decir ni quería conocer sus motivos, su situación, nada que me acercara a su plano personal, eso implicaría abrirle las puertas al mío y no estaba preparado.

Brisa cargó en la bandeja mi taza vacía y luego me miró:

—Si tienes ganas, algún día puedes llamarme y... no sé, tal vez podríamos ir por un

trago y seguir filosofando sobre la vida. —Me sonrió y noté que había escrito su número en el dorso del papel.

Al parecer ella sí quería hablar, contarme quizás los verdaderos motivos de su nostalgia, desahogarse. Es algo que las mujeres de verdad necesitan y... tú me has dejado en claro que nunca fui bueno escuchando. Era evidente que no llamaría a Brisa, pero al menos me quedaría con la grata sensación de aquel encuentro mediado por mensajes subliminales.

Consulté el reloj en mi muñeca y vi que eran casi las nueve de la mañana. Se me habían volado dos horas desde el momento en que encontré a los nuevos cadáveres de moscas en el marco de la ventana.

Me dirigí entonces a casa de don Aurelio para ayudarlo a recoger sus verduras. Tú sabes que él no necesita ninguna ayuda, lleva el jardín y la huerta de maravillas, pero sin dudas estaba deseando un poco de compañía... o tal vez creía que era yo el que necesitaba su compañía.

Al llegar rodeé la casa por uno de sus laterales y encontré al anciano en cuclillas hablando con una fila de lechugas. Me acerqué más y lo escuché decirles:

—Como mañana esta pronosticada lluvia, mejor no las riego para no pasarlas de agua, ¿saben?

Dos pasos más y el crujido de una rama que estaba en el suelo me delató. Don Aurelio se incorporó sin dificultad, acomodó sus anteojos para mirarme y, cuando me reconoció, se torció un poco hacia adelante como simulando un achaque. Me divierte su ridículo intento de aparentar una necesidad para justificar su invitación, lo ha hecho desde que lo conozco, tú lo has visto, y también te has reído conmigo de eso.

—He venido a ayudarle, como le prometí —le dije aun sonriendo.

El hombre me hizo una señal con la mano para que me acerque:

—Estaba diciéndole a mis amigas que, por la tormenta que se ha pronosticado para mañana,

es mejor no regarlas hoy. —Hizo una pausa y me miró achicando los ojos—. ¿Sabías que si se pasa de agua a la planta, las hojas de la lechuga se oxidan?

No lo sabía ni me importaba, pero la voz de don Aurelio siempre me resultaba hipnótica. Así es que escuché algunas otras verdades sobre el cultivo de vegetales mientras iba llenando las canastas que me dio. Noté que su huerta había crecido desde la última vez que vinimos contigo a comprarle unos tomates orgánicos que nunca quiso cobrarnos. «Yo hago esto por amor, no podría venderles el producto de mi amor a menos que lo necesitara de verdad», nos había dicho esa vez, y tuve celos de él porque creo que nunca encontraré una pasión así.

Me quedé a almorzar y me enseñó a hacer una sopa a la que le agregó varios de los vegetales que acabábamos de cosechar. Estaba realmente deliciosa.

Durante la sobremesa me preguntó cómo llevaba la separación, y aunque hasta horas antes había estado sufriendo —de forma

pasiva— lo que consideraba tu abandono, de pronto sentí que él ya no estaba, había logrado perderlo en alguna esquina cualquiera, o tal vez se había quedado en el café en donde Brisa alimentó mi ego y me provocó una pena ajena.

—Estoy bien —le dije honestamente—. Siempre la amaré, pero creo que su decisión ha sido la mejor para los dos.

—A veces amar implica aprender a soltar — me sugirió don Aurelio.

Asentí con la cabeza y... sonreí, otra vez.

Luego de lavar los platos y despedirme, me encaminé hacia mi casa con una bolsa de verduras y un contenedor plástico con la porción de sopa para la cena. Fue la primera vez en que, al entrar por el umbral de la puerta, sentí que no merecía vivir en ese caos.

Pasé la tarde limpiando, recogiendo las evidencias de mi desgano y quitando algunos rastros que dejaste, tal vez como un recordatorio para que no te olvide. Pero ahora sé que nunca lo haré, aunque deba reiniciar mi vida desde donde la dejé el día que te fuiste.

La tarde se había convertido en noche y de pronto sentí un hambre que se hacía oír entre mis vísceras. Me dirigí a la cocina —el único sitio que me quedaba por limpiar—, y saqué la sopa de don Aurelio de la heladera. La volqué en un plato hondo que deposité sobre la mesada mientras buscaba un poco de pimienta en la alacena. Al cerrar la pequeña puerta, una vibración que corrió por la pared sacudió las moscas que se acumulaban sobre el borde de esa ventana que he insistido en ignorar. Varias cayeron en mi sopa, dos de ellas estaban pegadas, como si se hubieran amado, como si no hubieran querido soltarse para morir.

Mi sopa quedó arruinada, porque no osaría probarla después de que los cadáveres de esos insectos se hidrataran y quedaran flotando en el caldo.

Observé el plato por algunos segundos mientras oía crujir a mi estómago, pero no tenía nada en mi heladera para cocinar, excepto por las verduras frescas que me había regalado don Aurelio. Finalmente arrojé la sopa por el drenaje

y tomé un trapo —que humedecí bajo el grifo— para limpiar el resto de moscas muertas que habían quedado en el marco de la ventana. Las empujé dentro de una bolsa que luego dejé en el bote con el resto de la basura, y entonces sí, me decidí a llamar al *delivery* como cada noche.

Luego de hacer el pedido pensé en tomar una ducha, tenía al menos una media hora hasta que llegara la comida.

En el baño, al quitarme el pantalón, la boleta con el número de Brisa cayó al suelo desde mi bolsillo. Me metí bajo la regadera y medité. Por primera vez en mucho tiempo fui capaz de recordar casi a la perfección cada secuencia de aquel día que comencé y acabé de una forma similar, asqueado y melancólico ante la imagen de esas moscas muertas.

De pronto, ya fuera de la ducha pero aún mojado, tomé el teléfono para llamar a Brisa. El tono sonó varias veces y me arrepentí de haber marcado el número, pero justo cuando iba a colgar, ella contestó:

—Hola...

—Hola, soy el filósofo del café —le dije porque ella no sabía mi nombre... o eso creía—. Han caído unas moscas muertas en mi sopa y me quedé sin cena. ¿Quieres salir a comer algo por ahí... conmigo?

La oí reír con timidez al otro lado de la línea y no supe qué pensar. Era probable que hubiera confundido su amabilidad con coqueteo.

—Perdona, no debí llamarte, entiendo si no...

—Claro, me encantaría cenar contigo —me interrumpió—. Es solo que me causó gracia la excusa de las moscas.

Y no, no había planeado usar a las moscas de excusa. Si lo hubiera pensado bien, ni siquiera las habría mencionado, pero al parecer me había servido para romper el hielo y hasta para hacerla reír. Sonreí por quinta o sexta vez en el día y, luego de colgar el teléfono, me guiñé un ojo frente al espejo. Al fin tenía la certeza de que todo estaría bien porque entendí que no era tu responsabilidad hacerme feliz ni la mía hacerte feliz a ti. Por eso te fuiste y...también por

eso, hoy dejaré de esperarte, hoy que por primera vez *tu abandono...* no ha vuelto conmigo a casa.

La extraña del tranvía

(Mención especial en el III Certamen Internacional
de Poesía y Relato corto María Eloísa García Lorca,
España, 2015)

Flaca, flaquéisima, con el cabello claro y largo hasta la cintura, con los ojos verdes y la mirada perdida... Iba sentada frente a mí en el tranvía que siempre tomo para ir a trabajar en esta ciudad tan lejana y distinta a esa en la que crecí en Argentina. Hoy sin embargo es sábado, un atípico sábado de verano, frío y brumoso. Quise visitar la biblioteca porque allí escribo mejor... o me inspiro más, aunque también me distraigo demasiado y es quizás la razón por la que encuentro ese sitio más inspirador que mi propio apartamento, sólo debo levantar la vista en cualquier dirección e instantáneamente descubro una situación, una actitud, un gesto, una escena, un personaje que espera por ser parte de una trama, que se inmiscuye entre mis neuronas y camina hacia la expulsión literaria.

Pero la joven delgada de ojos vidriosos me desvió de mi objetivo, pues no pude evadir las sensaciones que me provocó en una sola mirada indiscreta, aunque sin dudas también azarosa. Era claro que no me estaba viendo de forma directa o particular, sino que apenas hizo un repaso curioso o hasta incluso automático, inconsciente, por el área en donde yo estaba sentado. Y entonces la recordé, ese rostro de contornos angulares, esos ojos grandes y agudados, esos labios finos siempre separados, ese cabello rebelde y desprolijo de la mujer que alguna vez amé, que tal vez aún amo, pero que dejé partir porque... de tantas razones que tenía para odiarla, me quedé sin lugar en la cabeza para quererla... y sin embargo mi corazón todavía se acelera cuando un aroma, una palabra, un sabor, un lugar o la mirada de una extraña, la traen hasta mí.

La joven dama se acomoda en su asiento y ahora veo su perfil bien delineado en el espacio que forma parte de mi campo visual. Siento deseos de acercarme, de hablarle, preguntarle a

qué se dedica, qué le gusta comer, cuál es su color favorito y la película que vería hasta cien veces sin aburrirse. No sé por qué quiero iniciar un contacto directo con ella, tengo la sensación de que es una versión australiana de mi niña argentina, tengo la idea de que podría volver a enamorarme o enloquecer definitivamente, y cualquiera de las opciones me resulta tentadora.

Hemos pasado la estación en la que debía bajar para llegar a la biblioteca, pero este personaje me resulta lo suficientemente interesante como para seguir registrando sus movimientos y actitudes.

Me acomodo en el asiento con el propósito de tomar nota silenciosa y obsesiva de cada detalle. Resulta difícil leer sus ojos, porque la rubia ha ido mayormente con la mirada fija en la nada, atenta quizás a su propio desfile de pensamientos e imágenes mentales. Cada tanto rotaba la cabeza hacia la ventanilla o el pasillo del tranvía que ahora se ha detenido. «*Five minutes folks*», dice el amable conductor. Luego la niña triste saca de su cartera los auriculares

de su móvil y los inserta en los orificios de sus orejas, «cinco minutos de retraso» pueden resultar eternos para quien ansía llegar a algún sitio. Yo iba también conectado a mi teléfono por medio de ese fino cable, pero desde que la flaca me miró por primera vez había dejado de escuchar la música para concentrarme en mis ideas, ideas que ella iba conduciendo con sus sutiles movimientos y actitudes, todos tan similares a esa latina que me acompañó hasta aquí y yo dejé ir —o invité a que se fuera— seis meses después, hace noventa días atrás. No la había extrañado tanto hasta que esta *aussie*¹ tan parecida me la recordó en carne y hueso.

Entonces me pregunto por qué, por qué las personas no tenemos el poder de manejar los sentimientos. Parece como si toda decisión estuviera basada en ellos, no somos libres entonces para elegir, todo depende de las emociones que nos invadan en tal o cual momento, todo depende de los sentimientos que a veces resultan tan inestables, tan variables

¹ Australiano/a

como la marea, como el clima de esta ciudad hermosa que en ocasiones parece maldecida por una pelea entre los dioses que adoraban los indígenas latinoamericanos.

De pronto la muchacha se levanta de su asiento y mi corazón se acelera. Tengo la extraña sensación de que si se marcha me dejará un vacío. La sigo con la mirada hasta la puerta que el chofer abre para ella, entonces la percibo en cámara lenta, *slow motion*... Está bajando los escalones hacia el asfalto y a mí me tiembla el cuerpo entero. No puedo dejarla ir, esta vez no. Me levanto y ando con prisa, trastabillando con mis propios pies de pato chueco. La gente me mira. Pensarán que soy un idiota sin equilibrio o un acosador que se niega a perder a su presa. La verdad no me importa, esa será la novela que ellos inventen en sus cabezas, la mía sigue tras los pasos de la joven delgada y rubia que ahora recoge su cabello en un rodete mientras camina con presteza. Llega a la esquina y mira hacia ambos lados para cruzar la calle. Voy muy cerca,

pero ella ni se ha percatado de que también bajé del tranvía.

Anda tan rápido que casi me incita a correr, para mí siempre ha sido más fácil que caminar a gran velocidad. Voy dando zancadas, sujetando mi morral y observando sus movimientos. Es flaca, flaquísima y aun así sensual, sin exuberancia, sin elegancia, me ha deleitado con su simplicidad, con sus arrugas prematuras y sus ojos turbios, llenos de secretos que sin dudas expondría en una descarga masiva e incontrolable si acaso le otorgaran la chance. Al menos así hubiera actuado esa mujer que extraño, que ignoré tantas veces y cuyo recuerdo ahora voy persiguiendo por una calle de nombre inglés.

Ha girado en una esquina y al perderla de vista regresan las molestas palpitaciones. Me apresuro, corro por un tramo hasta que vuelvo a verla, no se ha alejado demasiado y tengo la ilusión de que me estaba esperando.

Sigue caminando, pero ahora más lento. De tanto en tanto gira la cabeza sobre su hombro

para mirarme. Sí, ha descubierto que voy tras ella. Temo que se espante, que me vea como a un perverso y se aleje, corra, pida ayuda. En tal caso dejaría de seguirla, ni siquiera intentaría explicarle lo que me pasa, en realidad no sabría cómo, de todos modos sonaría enfermizo.

Se detuvo frente a la puerta de un pasillo junto a otras varias entradas. Esta tiene el número 28, es el día en que nació la mujer que amé y el número que todavía empleo en la contraseña de mi cuenta bancaria.

Hurga con una mano en su cartera y saca un llavero hecho de trozos de cristales de colores, que al sacudir suena como la alarma de mi teléfono —odio los tonos estándar y por eso elegí un sonido mágico... o que parezca mágico.

Abre la puerta y me mira sonriente. No se ha espantado de mí incluso ahora que me ve parado a pocos metros, con esta cara de idiota que suelo poner cuando algo me tiene embelesado.

Anda unos pasos hacia adentro, pero deja la puerta entreabierta para... mí. ¿Será? Seguro, ¿por qué otra razón lo haría? Miro hacia atrás y

me percato de que no hay nadie más, entonces la sigo. Ella se ha encerrado en el baño. Me quito el morral y me siento sobre el borde de la cama mientras un arsenal de mariposas carnívoras se da un banquete con mis entrañas. Estoy sudado, mi ropa se siente húmeda y comienzo a sacudirla en el intento ridículo de secarla. Temo que el perfume que me puse esta mañana se haya evaporado, temo que se huelan mi vergüenza y mis nervios...

La rubia regresa con el pijama puesto. Esa clase de pijama gracioso y colorido que usan los niños, esa clase de pijamas que sólo ella usaría. Ha vuelto, no es australiana ni una desconocida, ha vuelto y me permitió dormir en su cama.

Me recuesto junto a su cuerpo y la abrazo. Intento pedirle disculpas por el sudor que no he podido disimular, pero ella me silencia con un tenue «shh». Siento la calma que había perdido sin darme cuenta, siento la alegría que se me había olvidado, estoy feliz de volver a tenerla conmigo, de que nunca se haya ido en realidad, de que me haya perdonado todas las sandeces

que hice o que dije para ahuyentarla cuando sólo intentaba ayudarme. Por un momento pensé en excusarme con alegatos verdaderos que de ningún modo justificarían mi estupidez, mi falta, pero entendí que ella no estaba esperando explicaciones y sólo hice caso a su pedido de silencio.

De pronto el cansancio me llega como un golpazo en la cabeza y quedo rendido. Estoy a punto de dormirme junto a esa mujer asombrosa que apenas acabo de recuperar. «Qué afortunado soy...», pienso justo antes de la desconexión total.

No sé cuánto tiempo después, vuelvo a sentir el sonido del llavero sacudiéndose de forma insistente. Lo intento, pero no consigo abrir los ojos, me pesan los párpados. Me esmero. Llevo las manos torpes a mi rostro que restriego con énfasis, y finalmente logro resucitar de ese profundo sopor. Me incorporo sobre la cama, vuelvo a restregarme el sueño con los nudillos y miro a mi alrededor. Estoy en mi apartamento,

el llavero sigue sonando hasta que descubro que es la alarma de mi teléfono que chilla por segunda vez y... entonces entiendo: no quise oírlo antes, ignoré el despertador para seguir soñándola, pero ya no puedo negar la realidad. Ella se fue y no volverá, ella se fue y yo sigo amándola...